

**LAS ASISTENTES SOCIALES
DE LA VICARÍA
DE LA SOLIDARIDAD**

Las asistentes sociales de la Vicaría de la Solidaridad

Una historia profesional (1973-1983)

María Soledad Del Villar Tagle

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869– Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición junio de 2018

Este texto fue sometido al sistema de referato ciego externo

Registro de propiedad intelectual N° 292193
ISBN libro impreso: 978-956-357-150-9
ISBN libro digital: 978-956-357-151-6

Director colección Historia
Daniel Palma Alvarado

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño de la colección y diagramación interior
Francisca Toral

Imagen de portada: Archivo Iconográfico Vicaría de la Solidaridad - Entrevista de Carmen Gloria Quintana con Monseñor Santiago Tapia, Vicario de la Solidaridad, año 1987, Caso jóvenes quemados julio de 1986. Se agradece la generosa donación de la Fundación de Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad para el uso de la imagen de portada y de las fotos del interior de este libro.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

**LAS ASISTENTES SOCIALES
DE LA VICARÍA
DE LA SOLIDARIDAD**

UNA HISTORIA PROFESIONAL (1973-1983)

MARÍA SOLEDAD DEL VILLAR TAGLE



EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

Bueno es espigar en la historia de Chile los actos de hospitalidad, que son muchos; las acciones fraternas, que llenan páginas olvidadas.

Gabriela Mistral

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
AGRADECIMIENTOS	15
INTRODUCCIÓN	17
EL COMITÉ PRO PAZ: ORGANIZARSE FRENTE A LA EMERGENCIA (1973-1975)	47
De víctimas a defensoras.	
Llegar a trabajar al Comité Pro Paz.....	53
Acoger, asistir y organizar.	
Las asistentes sociales inician su labor.....	66
La atención social en el Comité: ir más allá de lo jurídico.....	78
Expandir la solidaridad: desde una oficina de profesionales a toda la Iglesia.....	82
El cierre del Comité Pro Paz:	
la represión también afecta a las Iglesias.....	89
LA VICARÍA DE LA SOLIDARIDAD: EL TRABAJO SOCIAL FRENTE A LA REPRESIÓN, LA CESANTÍA Y EL HAMBRE (1976-1983)	95
Las asistentes sociales del departamento jurídico-asistencial.....	103
El trabajo de casos con familias y víctimas de la represión política.....	106
El trabajo con arrestados, procesados y condenados por causas políticas.....	119
El trabajo con la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos.....	123
El trabajo con torturados y otras formas de represión.....	137
Más que un trabajo, un compromiso.....	144

Las asistentes sociales del departamento de zonas.....	151
Cambios en la economía y política popular tras la llegada de la dictadura militar.....	155
Enfrentar la cesantía: las bolsas y talleres.....	163
Enfrentar el hambre: desde los comedores infantiles hasta la olla común.....	179
Recreación y educación solidaria.....	192
El trabajo con mujeres.....	202
El trabajo zonal: asistencia, promoción popular y evangelización.....	210
1983: AÑO DE CAMBIOS.....	221
CONCLUSIONES.....	227
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	238
NOTAS.....	245

PRÓLOGO

Las palabras de Gabriela Mistral al abrirnos este libro, *espigar en la historia de Chile los actos olvidados de hospitalidad*, nos invitan a hacer memoria agradecida por tantas acciones solidarias vividas en la historia reciente. En *Las asistentes sociales de la Vicaría de la Solidaridad – Una historia profesional (1973-1983)*, la autora nos introduce con rigor historiográfico en el tema de la investigación que desarrolla en la obra que nos ofrece. Esta vicaría nació de la decisión del cardenal Raúl Silva Henríquez de crear una institución de inspiración cristiana que extendiera la solidaridad a todas las víctimas de la violencia de Estado y tradujera ese mandato en la promoción de los derechos humanos conforme a la dignidad de cada ser humano. Las asistentes sociales que trabajaron en ella, al ser las primeras en recibir a los familiares de los detenidos desaparecidos, fueron reconocidas como el rostro visible de la Iglesia para los sufrientes.

La suya fue una historia profesional a la vez que una historia de hospitalidad y una historia laical, porque las acciones realizadas se vincularon con la escucha, la acogida y la ayuda, y porque el sujeto principal en las instituciones mencionadas fue conformado por laicos y laicas. Con todo, no estaría dicho lo más importante si no mencionáramos que se trató ante todo de una historia de mujeres, tanto en lo relativo al colectivo de asistentes sociales del Departamento Jurídico del Comité Pro Paz y de la Vicaría de la Solidaridad, como en lo que respecta a los grupos poblacionales que se organizaron a partir de la animación del Departamento de Zonas. Las mujeres profesionales, las mujeres familiares de las víctimas del gobierno militar y también las mujeres de base, aprendieron juntas el significado de la parábola del buen samaritano que se constituyó en la clave evangélica de esta historia de solidaridad.

Si bien la bibliografía existente reconoce la importancia que tuvieron las trabajadoras sociales para llevar a la práctica la labor de la Vicaría de la Solidaridad, no profundiza sobre este grupo profesional, tarea que sí es acometida en esta reconstrucción histórica: “Una característica importante del trabajo social de la Vicaría de la Solidaridad fue la centralidad de las mujeres; ellas fueron las principales partícipes de las agrupaciones, actividades e iniciativas que se llevaron adelante”.

La originalidad del estudio de Soledad Del Villar se expresa de distintos modos al combinar una discusión bibliográfica que abarca tanto a la Vicaría de la Solidaridad como al trabajo social, un marco teórico centrado en la profesión y la acción profesional, una metodología propia de la historia que articula el trabajo de archivo –principalmente en la Fundación de Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad–, un corpus de documentos históricos del Colectivo de Trabajo Social (1981-1990) y un estudio de caso múltiple –un conjunto representativo de asistentes sociales del Comité Pro Paz y la Vicaría– que sigue la óptica de la historia oral reuniendo testimonios. También aporta un valor agregado, sobre todo de tipo interpretativo, el hecho de que esta investigación haya sido integrada en el marco de un proyecto teológico interdisciplinario mediado por el método cualitativo, localizado en el Centro Teológico Manuel Larraín: “Testimonios de renovación en el horizonte de los signos de los tiempos. Estudio de caso múltiple en la Iglesia de Chile”.

La mediación de la entrevista se presenta como central en este estudio, en dos sentidos. En primer lugar en relación con la acción profesional de las asistentes sociales, porque la urgencia de atender a las víctimas del régimen militar planteó una ruptura con el proceso de reconceptualización del trabajo social –que se había iniciado en los años sesenta– y exigió volver a la práctica de “atención a los casos sociales”, a redefinirla desde una visión de conjunto y a ampliarla frente a las nuevas situaciones que debieron enfrentar las profesionales. En este contexto “la entrevista se transformó enton-

ces en una herramienta fundamental, pues establecía un vínculo entre la trabajadora social y la persona afectada” y, con el tiempo, lo que comenzó como atención de casos de emergencia terminó convirtiéndose en denuncia documentada. En segundo lugar, los diversos estudios de caso que exploran los testimonios de un grupo significativo de asistentes sociales se han valido también de la herramienta de la entrevista –en este caso con una finalidad científica de recolección de relatos cualificados–. Esta metodología de tipo biográfica, incorporada actualmente en diversas disciplinas, posibilita un recurso complementario al análisis histórico tradicional de fuentes escritas mediante la recuperación de la experiencia de las entrevistadas. De este modo, el ejercicio de indagación del pasado puede hacerse también desde la perspectiva subjetiva de estas profesionales de la Vicaría de la Solidaridad, “adentrándonos en el campo de su memoria, su recorrido personal, su perspectiva relacional e intersubjetiva, sus valoraciones, juicios, etc.”.

De este modo, pareciera que toda investigación que busque *espigar en la historia de Chile los actos de hospitalidad* representa un compromiso activo de escucha, para dejar que resuenen en el presente las voces de todas las personas heridas en esa historia y las de aquellas otras que fueron capaces de hacerse samaritanas, cercanas y solidarias con quienes padecieron violencia. En efecto, al crearse el Comité Pro Paz “se centraliza y profesionaliza la escucha”, “se escuchaba a la persona que pedía ayuda para luego derivarla hacia los distintos departamentos del Comité que podían responder a su problemática desde una perspectiva jurídica”, “el volumen de estas atenciones fue creciendo rápidamente y también y, junto con él, la cantidad de asistentes sociales”. Por su parte, la labor de las asistentes sociales de Pro Paz y de la Vicaría de la Solidaridad “más que un trabajo, [fue] un compromiso”, según ellas mismas “era la puesta en práctica de sus valores y convicciones más profundas” vinculadas al ámbito de la defensa de los derechos humanos –común al grupo social y a la Iglesia Católica–. Sin duda, la experiencia de las asistentes sociales del Departamento de Zonas fue única por implicar

un trabajo de ellas en conjunto con las comunidades del Gran Santiago: “Atender a la población más pobre de los barrios populares y ofrecer respuestas organizadas a la cesantía y el hambre”. En el ámbito de las poblaciones, la escucha de las trabajadoras sociales estuvo centrada en las necesidades de los sectores sociales más empobrecidos. Hubo tensiones, por cierto, por la necesidad de volver a modelos asistenciales y por la dimensión evangelizadora del trabajo promocional de la Vicaría, pero en medio de ellas es posible *espigar muchas acciones fraternas que llenan páginas olvidadas*. Esta obra nos ayuda en la imprescindible tarea de la memoria.

VIRGINIA R. AZCUY
Centro Teológico Manuel Larraín

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo forma parte de una investigación de carácter historiográfico, que realicé entre el año 2015 y 2016, para obtener mi grado de magíster en Historia de Chile Contemporáneo en la Universidad Alberto Hurtado. Dicha investigación se enmarcó dentro de un proyecto interdisciplinar más amplio cuyo eje es teológico. Se trata del subproyecto Testimonios de renovación en el horizonte de los signos de los tiempos. Estudio de caso múltiple en la Iglesia de Chile”, del programa “Concilio Vaticano II” del Centro Teológico Manuel Larraín. Agradezco a Jorge Costadoat SJ y en especial a Virginia Azcuy por sumarme a dicho proyecto y apoyarme con sus críticas y comentarios en la elaboración de este trabajo. Agradezco también a Agustina Serrano (†) e Isabel Donoso, que formaron parte del equipo en sus fases iniciales. Por otra parte, doy gracias a la fundación del Intercambio Cultural Alemán-Latinoamericano, ICALA, que por medio de su programa para la promoción científica de mujeres en América Latina aportó con el financiamiento que hizo posible la realización de esta investigación.

Fueron parte importante de este proyecto, mis profesores de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y de la Universidad Alberto Hurtado. Agradezco especialmente a Ana María Stuyen y Andrea Botto, con quienes trabajé durante mi pregrado temas relacionados con religión y política durante el siglo XX en Chile. Además, le doy gracias a Rodrigo Henríquez, por volverme a reencantar con la disciplina histórica. De la Universidad Alberto Hurtado, agradezco a la profesora Soledad Zárate, que me orientó en el proceso de formulación de mi tesis y especialmente a mi tutor, Marcos Fernández, que con paciencia acompañó y guió todo el proceso, leyendo, criticando y orientando en las distintas fases de esta investigación. Agradezco también a las y los miembros del

Programa Interdisciplinar de investigación sobre Memoria y derechos humanos de la Universidad Alberto Hurtado, con quienes pude discutir muchas de las temáticas de esta investigación.

A mi familia, que me apoyó para que realizara el magíster.

A todas las y los profesionales que trabajaron en el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad. En especial a las asistentes sociales que colaboraron con esta investigación entregándome su testimonio.

A quienes hoy trabajan desde las comunidades cristianas y desde las distintas obras sociales de la Iglesia Católica por un país más justo. En especial a los amigos de la parroquia San Cayetano de La Legua, a los profesionales y voluntarios de Un Techo Para Chile y de la Capellanía Católica de Gendarmería, con quienes he compartido trabajo y misión. A ellos y ellas dedico estas líneas.

INTRODUCCIÓN

El Comité Pro Paz (1973-1975) y la Vicaría de la Solidaridad (1976-1992) fueron instituciones clave de defensa de los derechos humanos durante la dictadura militar en Chile. Después del golpe de Estado en septiembre de 1973 y frente a la noticia de detenciones arbitrarias, desapariciones y muertes de militantes de izquierda y partidarios de la Unidad Popular, personas de distintas iglesias se organizaron para ayudar y apoyar a los familiares de las víctimas. Nació así el Comité Pro Paz, organismo ecuménico que funcionó hasta 1976 y antecedente inmediato de la Vicaría de la Solidaridad. Este comité logró articular el esfuerzo colectivo de laicas, laicos, religiosas y sacerdotes, profesionales creyentes y no creyentes que optaron por trabajar a favor de quienes eran perseguidos por el nuevo orden político. A su vez el comité permitió a los parientes de las víctimas, en su gran mayoría mujeres, iniciar un camino de búsqueda de sus familiares y denuncia de los atropellos a sus derechos humanos. Por otra parte, el comité vio nacer lo que después se llamaría el “Departamento de zonas” que agrupaba y coordinaba todo el trabajo social y de promoción humana realizado por la Iglesia en las poblaciones y barrios pobres de la Región Metropolitana.

La labor del comité ubicó a un grupo importante de la Iglesia Católica y su jerarquía en oposición abierta al régimen militar y a sus prácticas de detención forzada, tortura y desaparición de personas. La denuncia de estos hechos y la protección otorgada a militantes de izquierda generó un conflicto con las autoridades militares que terminó con el cierre forzado del comité a fines de 1975. Sin embargo pocos meses después el cardenal Raúl Silva Henríquez fundó la Vicaría de la Solidaridad como continuadora de esta labor.

Al ser la Vicaría una institución tutelada directamente por la Iglesia Católica y el Arzobispo de Santiago, esta contó con una protección institucional mayor. Esto permitió que la labor de defensa de los derechos humanos se profesionalizara y extendiera en el tiempo¹. De esta manera, la Vicaría pudo llevar adelante su trabajo de manera ininterrumpida hasta los primeros años de transición a la democracia.

Una de las características más importantes del Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad fue el rol protagónico que tuvieron distintos grupos de profesionales. Según su primer vicario, Cristián Precht, la Vicaría fue una institución principalmente laical, compuesta por profesionales creyentes y no creyentes, católicos y no católicos. Si bien la Vicaría siempre contó con el apoyo de sacerdotes y religiosas, sobre todo de los que vivían en sectores poblacionales, su trabajo cotidiano fue realizado por profesionales laicos². Abogados, asistentes sociales, profesionales de la salud, educadores y otros profesionales dieron forma a la organización. Esta investigación busca caracterizar y comprender a uno de estos grupos: el de las asistentes sociales. En su gran mayoría mujeres, ellas fueron el primer rostro de acogida de la Vicaría para las familias y parientes que buscaban a sus padres, hermanos e hijos detenidos, torturados y/o desaparecidos. Por medio de la atención de casos, llevaron adelante una práctica profesional y política clave para las víctimas de la represión e inédita en el campo de su disciplina³. A su vez articularon la relación entre la Iglesia Católica y las organizaciones de subsistencia que florecieron en las poblaciones de Santiago en los años más críticos de pobreza, carestía y cesantía producida por las reformas económicas neoliberales⁴.

Para enfrentar la inédita realidad de la dictadura, las asistentes sociales tuvieron que recurrir a las distintas herramientas que su profesión les daba, adaptando sus conocimientos y formación a esta nueva realidad sociopolítica. Su trabajo se caracterizó por combinar dos dimensiones del trabajo social que hasta antes de 1973 parecían antagónicas: las acciones asistenciales y las acciones promocionales.

Las acciones asistenciales eran ayudas directas entregadas a personas individuales y a grupos extremadamente vulnerables. Estaban determinadas por una situación de urgencia que obligaba a responder rápidamente. Podía ser la represión política o el hambre en las poblaciones de Santiago, lo importante era ser capaces de generar una respuesta que aliviara el sufrimiento y ayudara a sobrevivir. Por su parte, las acciones promocionales buscaban empoderar a los grupos con los que se trabajaba, impulsando su organización, ofreciendo instancias de formación y educación, y creando vínculos solidarios entre personas y grupos afines. Este trabajo de formación y apoyo a las organizaciones populares fue, según las mismas asistentes sociales, uno de sus aportes profesionales más importantes.

Las asistentes sociales del Comité y la Vicaría representan uno de los pocos grupos profesionales que pudo hacer frente a la dictadura resisitándose activamente a ella. En este libro quiero ofrecer un relato histórico centrado su trabajo como mujeres profesionales. El trabajo social es una profesión que desde sus orígenes ha estado compuesta mayoritariamente por mujeres. Han sido también las mujeres pobres, junto a sus hijos e hijas, las destinatarias mayoritarias de su intervención profesional. El trabajo realizado en el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad no constituye en ese sentido una excepción. Rescatar la historia de sus asistentes sociales es rescatar una pieza importante de la historia de la resistencia y oposición femenina a la dictadura militar. Según Pamela Lowden el rol de las mujeres en la constitución de los movimientos de oposición a Pinochet es un tema históricamente significativo que ha sido poco estudiado. Para Lowden, el rol de las mujeres fue importante, no solo porque la mayoría del *staff* de la Vicaría fuera femenino, sino porque también las organizaciones de base promovidas y apoyadas por la Vicaría eran también lideradas mayoritariamente por mujeres⁵. En esto la autora coincide con el historiador David Fernández, que destaca como un tema importante a investigar el carácter predominantemente femenino de la oposición al régimen militar⁶. Este trabajo ofrece una contribución a la construcción de

relatos históricos sobre la oposición a la dictadura que visibilicen el rol protagónico que tuvieron distintos grupos de mujeres. En este caso particular, me centro en la epistemia y prácticas profesionales que hicieron posible la defensa de los derechos humanos para este grupo de asistentes sociales. Por lo mismo, es más una historia profesional que una historia entorno a construcciones de género, aunque se ofrecen reflexiones entorno a estas problemáticas cada vez que las fuentes lo sugieren como un factor explicativo y descriptivo importante. Sin duda el material de este trabajo ofrece pistas para una reflexión más a fondo entorno a las mujeres y la dictadura militar que está todavía por construir.

El trabajo social chileno contemporáneo en la historiografía

La historia del trabajo social en Chile ha sido escrita predominantemente por investigadores pertenecientes a esta profesión, y en menor medida por historiadores e historiadoras. Si bien existen varios trabajos que establecen cronologías y períodos históricos para entender la historia de la profesión, la gran mayoría termina su análisis en los años previos a 1973, dejando los episodios de la historia reciente sin ser trabajados⁷.

Es el caso del clásico texto de Ezequiel Ander-Egg, que divide la Historia del trabajo social en América Latina en tres etapas: una de asistencia social (1925-1940), otra de servicio social (1940-1965) y una etapa final de trabajo social (1965 en adelante). Cada uno de los períodos obedece a una comprensión diferente de la profesión, influida por distintos marcos teóricos e influencias desde el mundo político. La etapa de asistencia social se caracteriza por una concepción benéfico-asistencial, paramédica o parajurídica de la profesión. Es la época de las “visitadoras sociales”, que ayudan al abogado o al médico, siendo los brazos y ojos de estos profesionales en los hogares de los pobres. Las asistentes sociales son consideradas como técnicas y ejecutoras “de obras de caridad que se realizan

gracias a la contribución de donantes motivados por razones moralistas, religiosas o filantrópicas”⁸.

En el período del servicio social se abre paso una concepción tecnocrática de la profesión. Detrás de esta concepción hay un supuesto positivista, según la cual, la ciencia es absolutamente prescindente de la ideología y la política. El servicio social tecnocrático actúa como si fuese posible una ciencia social neutra⁹. Esta visión se convirtió en la práctica “tradicional” del servicio social que sería cuestionada durante los años 60. La función principal del trabajo social en este período es “la adaptación o el ajuste del individuo con otros individuos a su medio ambiente”¹⁰. Esto implica una asimilación acrítica del medio sociocultural. Este modelo sufre modificaciones una vez que aparece en el continente el desarrollismo cepaliano, que introduce la pregunta sobre el papel de las diferentes técnicas sociales en el proceso general de desarrollo¹¹.

La etapa final del trabajo social está atravesada por las discusiones de la reconceptualización. Influida principalmente por la teoría de la dependencia y por el diagnóstico del fracaso del desarrollismo y la Alianza para el Progreso, se dejan de mirar las prácticas de las “sociedades avanzadas”, para volcarse a los problemas concretos propiamente latinoamericanos: “Lo importante era crear a partir de lo nuestro. Y lo nuestro era –y es– el carácter creador de la práctica de los pueblos que luchan por su liberación. Esto quería decir que la acción profesional debía quedar inserta dentro de la problemática de la liberación”¹². Según Ander-Egg, el servicio social tradicional trabaja con un hombre-espectador u hombre-objeto. En cambio el trabajo social reconceptualizado trabaja con un hombre-sujeto, hombre-actor de su proceso histórico: “El objetivo final del trabajo social no será la adaptación o acomodación, ni la integración, sino la concientización, organización y movilización del pueblo y de cada persona”¹³. Si bien el autor deja el último período histórico abierto hasta incluir los años 70 y 80, no hace ninguna referencia a los cambios que supuso para la profesión la llegada de las dictaduras militares en América Latina. Solamente se

limita a mencionar que durante los 80 los tres modelos de trabajo social por él descritos, convivieron¹⁴.

Respondiendo críticamente a esta interpretación, Teresa Matus y otras autoras abordan la historia de la profesión desde la creación de la primera escuela de servicio social en 1925, hasta el año 1965¹⁵. Las autoras de este texto se centran en los primeros años de profesionalización del trabajo social en Chile, intentando romper con una lectura crítica de este período que lo cataloga como una “etapa precaria, conservadora, poco comprometida, sin rigor científico”¹⁶. En tanto trabajadoras sociales, buscan una resignificación de la propia identidad profesional, que pasa por una lectura crítica del propio pasado¹⁷. Sin embargo, terminan su indagación en los años 60, dejando sin trabajar el período más álgido de la reconceptualización y la historia posterior a la dictadura militar. Las autoras proponen entonces cinco tesis para interpretar el período 1925-1965. En primer lugar, afirman que “el trabajo social en Chile no emerge como continuidad de la caridad sino de diversos intentos de diferenciación de ella”¹⁸. En esa misma línea, intentan demostrar que el impulso ético originario del trabajo social no es religioso sino secular¹⁹. En tercer lugar, argumentan que la profesión no se desenvuelve de espaldas al país, sino en constante diálogo con su cambiante realidad sociopolítica²⁰. Además, intentan rescatar la “tradicción silenciada” de los escritos del trabajo social, textos escritos por las mismas profesionales, que registran su actividad profesional. Por último, argumentan que las asistentes sociales de este período no fueron mujeres de carácter débil y con una baja autoestima profesional, sino que fueron pioneras²¹. La misma Teresa Matus dedica un artículo especial a las pioneras en la profesionalización del trabajo social, intentando demostrar que lejos de ser un grupo profesional subordinado y dependiente, eran mujeres rupturistas, que desempeñan el oficio “bajo una pasión que surge de la indignación ante la miseria física y moral”²².

Por otra parte, nos encontramos con los trabajos de la historiadora María Angélica Illanes, que dedica varios textos a estudiar

distintos períodos de la historia del trabajo social chileno, desde sus orígenes hasta el período de la reconceptualización. En su obra más importante, Illanes aborda los orígenes del trabajo social en Chile. Para esta autora, las visitadoras sociales pioneras en la profesión fueron quienes encarnaron y aplicaron las directrices de las políticas sociales, llevando adelante una práctica de mediación entre el pueblo y las instituciones en un contexto político de crisis a comienzos del siglo XX²³. Por medio del trabajo social, las mujeres participaron directamente de la política, intentando reestablecer los lazos rotos entre “un pueblo profundamente insatisfecho y un sistema anquilosado en el orden de las instituciones, las clases, la propiedad y el Estado”²⁴. Este trabajo se realizó desde una matriz ideológica biomédica, que se insertó en las estructuras previamente construidas por la Iglesia en el ámbito de lo social²⁵. La Iglesia a su vez intentará modernizarse y hacer compatibles su antigua tradición caritativa con los nuevos enfoques provenientes de la ciencia²⁶. Los problemas sociales a solucionar eran las necesidades apremiantes del “cuerpo físico del pueblo”, amenazado por el hambre, la enfermedad y la muerte²⁷.

En el texto en que trabaja el período de la reconceptualización, Illanes caracteriza el período 1960-1970 como una etapa de democratización de la sociedad, en la que las asistentes sociales cuestionaron su propio rol profesional y su manera de relacionarse con el pueblo. Ellas comprendieron “que la construcción de democracia social como proyecto político suponía autodemocratizar sus propios saberes y sus propias prácticas”²⁸. Al mismo tiempo, fueron reconociendo que el saber popular era “la fuente de toda teoría e ideología posible de cambio social”²⁹. Comprometidas con este cambio social, las profesionales intentaron pasar de una relación con el pueblo de “mutualidad asimétrica”, a una “simétrica”. La primera, es definida como una relación jerárquica de una mujer (protectora) y el pueblo (dañado), que genera dependencia de parte del pueblo y promueve la adaptación al orden establecido³⁰. En cambio, la “mutualidad simétrica”, se entiende como una relación

más igualitaria, como “un proceso de acción conjunta entre mujeres trabajadoras sociales y el pueblo, inspirada en la solidaridad y en vista a un objetivo transformador del orden históricamente establecido”³¹.

Para Illanes, un elemento constitutivo del trabajo social en su devenir profesional es el movimiento hacia el encuentro del “otro-pobre”: “Movilizadas por su necesidad de ayudarlo, ellas acuden al lugar de su habitar, donde experimentan aquel gran *acontecimiento ético* (Levinas) cual es el encuentro con el *rostro del otro*”. Ni las visitadoras sociales de la primera etapa, ni las asistentes sociales de la reconceptualización logran realmente “sus objetivos modeladores del otro”, sin embargo, “ambas han tenido la tremenda experiencia del encuentro con el *rostro del otro*, con su *exterioridad*, que termina por cuestionar el egocentrismo institucional, epistemológico, político y de las propias trabajadoras sociales en tanto actoras del proceso”. Ese reconocimiento de la legitimidad del rostro del otro es el que, a su juicio, “constituye la verdadera revolución reorientadora de su labor como trabajadoras sociales”. Es el encuentro con el otro el que redefine una y otra vez su identidad profesional a lo largo del tiempo³².

Junto con ella, otras autoras como Maricela González, Patricia Castañeda y Ana María Salamé, abordan el período de la reconceptualización del trabajo social, período histórico inmediatamente anterior al que corresponde a este trabajo. Maricela González trabaja la relación entre el proceso de reconceptualización del trabajo social y el marco histórico de la Guerra Fría, distinguiendo dos etapas: “La primera, caracterizada por la influencia de Estados Unidos en los procesos de intervención social” que financia programas de modernización para América Latina. En un segundo momento, “se rechaza el influjo norteamericano” y el trabajo social se inclina “a la búsqueda de cambios radicales de las estructuras sociales”. De esta manera, González busca demostrar que el período de la reconceptualización fue menos uniforme de lo que parece y se inserta en la lógica de confrontación ideológica propia de la Guerra Fría³³.